

La seda y el hierro

La poesía de Antonio Pereira

José Enrique Martínez

Se ha dicho que Antonio Pereira es autor de un único libro. Poesía, narrativa y artículos periodísticos forman ese único libro. La frase alude, también, sin duda, a la coherencia de su mundo literario ya su autenticidad. El crítico parcela después el campo para analizarlo con detalle. El lector recibirá finalmente la síntesis apropiada. La parcela de estas líneas es la de la poesía. En su Historia de la Literatura Leonesa, Francisco Martínez estableció ya las redes temáticas del tejido total de Pereira: el regreso, la vecindad y el erotismo. Son las claves para entender su obra. Mirando únicamente hacia la poesía de Pereira, intentaré trazar su desarrollo lineal, histórico, explayando al mismo tiempo mi propia interpretación, coincidente en buena parte con la del citado crítico.

EN LA CONSTELACIÓN DE “ESPADAÑA”

A mediados de la década del cuarenta llega a León, desde su Villafranca natal, Antonio Pereira. Sus aficiones literarias –poéticas en aquellos años- le llevaron hacia Espadaña, con cuyos mentores guardará buena amistad. Eugenio de Nora ha recordado que toda una serie de personas colaboraban en la revista, con sus escritos, con sugerencias, discusiones y orientaciones, formando así más que un grupo, una verdadera constelación (...) en una libérrima colegialidad que fue la protagonista real de la dirección, la que elaboró los mejores números de Espadaña; entre esas personas estaban Gamoneda y Pereira, sólo en la etapa final de la revista. En esas nuevas incorporaciones creyó ver Crémer la posibilidad de dar impulsos al decaído toro espadañista, malherido. Era tarde. En efecto, en enero de 1951, espadaña quedaría cerrada. Antonio Pereira había colaborado en el número 38 (1949), con tres sonetos de buena factura. Aunque seguiría publicando en otras revistas (Altano,Alba...), el primer libro de Pereira no aparecerá hasta 1964, lo que

da la falsa impresión de poeta tardío.

POÉTICA DEL REGRESO Y DE LA COSTUMBRE

En 1964 se publica *El regreso* en la colección "Adonais". El texto es la poetización de un retorno, de una vuelta, de un regreso; es un canto a lo cercano, a la propia ciudad, a la vecindad, a lo familiar; a la amistad y a lo cotidiano; a las pequeñas cosas diarias de vivir y de quererse. Es, en suma, un canto a la costumbre. Regresar es, antes que nada, recuperar la costumbre de vivir entre los suyos y entre



sus cosas y quehaceres cotidianos en su ciudad, verdadero espacio de vecindad. Y la recuperación de la costumbre produce dos efectos: por un lado, la sensación de un vivir tranquilo, pacífico y serenamente alegre; por el otro, seguridad vital, cifrada en la afirmación de las raíces. Como puede verse, es la de Pereira una poesía de la «intrahistoria» en el sentido unamuniano.

Una cita de la «Epístola moral a Fabio» abre la primera parte del libro: «Triste de aquel que corre y se dilata / por cuantos son los climas y los mares». La cita contrasta con la que abre la segunda parte, de Panero: «... Y allí quiero dormir en mi remanso familiar, a dos metros de la nieve». Es el contraste que marca las dos partes del poemario. En la primera, el escritor poetiza vivencias de «desterrado», de viajero, de habitante de «ciudades sucesivas», de paisajes no familiares. Silencio, soledad, hostilidad, son los sentires del desterrado, que, contrastan con la «lejana verdad» de los montes sabidos y reconocidos, con lo que configura el círculo de vecindad, en el que el sujeto lírico se afirma para vivir («lo que conozco puedo amar») y hasta para morir en «el huerto familiar de la costumbre». La segunda parte poetiza el gozo de lo conocido, de la costumbre, reverdeciendo la sensación de seguridad («esta es mi casa donde estoy seguro») y el sentido de la intrahistoria: «arropados en la noche / los hombres aman en paz / y hacen corazones nuevos. / La historia haciéndose va». Y esa historia es la menuda historia de los sencillos acontecimientos diarios, que son los que crean la verdadera Historia (con mayúscula), al igual que el tren pequeño «no es gran cosa,

pero es la lanzadera / capaz de urdir la trama de los siglos», y de la misma manera que busca la explicación de la gran Historia en «los ríos pequeños, sin historia». Lo conocido y los hechos diarios cifran el sentido de vecindad, deseable para todos los hombres del mundo y realizable en la ciudad propia, en su plaza mayor, «recinto cabal, / con norma de simetría / perfecta de vecindad»; y en círculo cada vez más restringido -convirtiendo la vecindad en amistad y amor- se llega a lo familiar, «los míos», y dentro de ellos a «Úrsula ciudad», resumen de todas las ciudades, «ciudad mía, que sólo yo conozco». De acuerdo con lo dicho, el poemario mantiene una tonalidad amable, alejada de la estridencia, como pidiendo compañía. Desde la anécdota a la categoría, surge la verdadera creación final de la «ciudad sin tiempo»: «si soy poeta / puedo inventaros un país sin tiempo».

En 1966, dentro de la colección «El Bardo», aparece en Barcelona el segundo poemario de Antonio Pereira: *Del monte y los caminos*. El poeta sigue mirando a su entorno vecinal, inicialmente el más cercano, el del padre y su oficio de ferretero. Es otro regreso -«con vosotros regreso»-, al hierro desde la seda, a través del recuerdo. El recuerdo y el propósito de cantarlo son motivos recurrentes: «lo que escucho todavía / es el sonido del hierro»; el canto se encarga de fijar el recuerdo: «hermosaa su manera / y de cantar posible / si la mira el amor/ es la ferretería». Se trata de cantar la belleza difícil de las cosas y de las personas humildes, intrahistóricas, «la pequeña historia de la gente sufrida», que es sobre todo la que vive en lo alto, en el monte, frente a la del valle, la de la ciudad. Hacia el monte asciende el camino vecinal («parece que decimos compañía / si decimos caminos vecinales»). Es el camino del campesino, el que conduce a los recintos familiares, a la seguridad de la costumbre:

«El hombre se limita al palpito cercano... / Apretado a la carne / avanza más seguro»;

«las cuerdas se anticipan/ olientes a costumbre». Son, por lo tanto, los caminos del regreso; son también cuando se bajan, los caminos de la marcha, entonces «con paso inseguro». El recuerdo produce ensoñaciones, dulcifica la realidad, pero el poeta no se deja ganar por la mentira. Palabras como «piedras duras», «soledad», «sudor», hablan de la difícil vida de esos hombres del monte reconcentrados, aislados en la aldea, recios, parcos de palabras, acostumbrados a la soledad, pero solidarios en caso de necesidad. Es otra clase de vecindad que la de la ciudad.

POÉTICA DEL VIAJE Y DE LA INTRAHISTORIA

Cancionero de Sagres (1969) es el libro del viaje. El viaje es querido porque se regresa. Con esta certidumbre, el poeta puede iniciar el camino y anotar sus impresiones de viajero por la vecina Portugal. Se trata, en efecto, de un verdadero cancionero de viaje. Y por ello se adoptan ritmos populares, romances,

seguidillas... El poema nace desde la anécdota, el lugar visitado, un hecho curioso... La realidad final es la del poema. Villafranquino, hombre de frontera, Portugal es la vieja querencia. El poeta sólo tiene que seguir el rastro del corazón... y el corazón persigue un paisaje, sí, pero sobre todo, un paisaje de pueblos y ciudades, un paisaje con hombres. De éstos, el poeta elige a los anónimos del trabajo y la pena. La historia de héroes, navegantes y conquistadores, se sugiere; pero le poeta sabe que esa historia descansa sobre otra minúscula, anónima, intrahistórica; basamento del edificio, masa de agua sobre la que resalta el movimiento de las olas «¡Qué bravura el navegar / si otros guardaran las costas! »; estos otros son los que el poeta convoca a su poesía

«yo canto por los que se quedan, / patria a la que nadie nombra; a los que sí nombra esta poesía de las cosas y de los seres humildes, de los que trabajan en el metal o en el telar, de las aldeas desperdigadas por la sierra, de los trenes pequeños, de los regajos de agua... Esta poesía de las cosas y de los seres menudos exige una expresión de aparente sencillez y facilidad; el tono de esa poesía es de amables guiños al lector, una especie de monólogo dirigido al amigo



que escucha o que va a leer los poemas y con el cual parece entenderse de forma coloquial: «hoy he tratado con el tío Ángel / y pienso que está en Dios, bastante a gusto»; es un lector-receptor incluido en el propio poema: «Mi mujer, ya ustedes saben... ». El viaje exige -decíamos- el regreso. Y este se cumple mentalmente en el poema último, «lo digo por Antonio de Lama», en el que los signos externos de Sagres se devuelven a León y al amigo, con lo cual renace la seguridad, porque «alguien le defiende / la plaza y la costumbre, el vino alegre / del regreso».

En la colección «El Bardo» de nuevo, publicará Pereira en 1972 su mejor libro de poesía, *Dibujo de figura*. El texto presenta una clara evolución con respecto a los anteriores. El verso se libera de las servidumbres de la rima y de la medida regular para acompasarse a los ritmos del corazón y de la pluma; adopta un tono narrativo y coloquial, que no oculta el rigor poético y la cuidada elaboración del poema como un todo, y pretende «narrar» una experiencia del sujeto lírico; por otro lado, junto a un sentido crítico de la realidad más acusado, aparecen dejos de ingenio y un fino erotismo -tan característicos del Pereira narrador-. Todos estos aspectos parecen corresponder a los rasgos más llamativos de la tan traída y llevada generación o grupo o como quiera llamársele, del medio siglo y para la cual habría que rescatar nombres no consabidos, como el de Pereira. La «narración poética» de la experiencia se da sobre todo en la parte primera; es la experiencia del mozo del 44 la que se poetiza, la incitación

en el amor, en torno al cual surge un erotismo finamente sugerente: «deben ser muy hermosos los pechos de las primas/ temblando en los desvanes»; se esbozaban parejas, de dos en dos huíamos/ a las tupidas y frondas, y eran primero gritos, / luego risas, murmullos, y el silencio». El tono narrativo y los coloquialismos son una manera de acercarse al lector: «no es que te lo reproche», «no somos nadie», «quien iba a decírtelo»; «el que no se consuela es porque no quiere», etc. Este tono conversacional toma forma de monólogo en la tercera parte, en la que el poeta rescata desde la muerte a su madre para hablar con ella confidencialmente. A estos rasgos añadíamos, el ingenio y el sentido crítico de la realidad. Este se cierne principalmente sobre un fondo de guerra civil y alta posguerra, cuando «yo sabía que un muerto no es gran cosa / en una edad de tapias y cunetas». El ingenio provoca algún efecto de humor, levísimas ironías y finales sorprendidos, como sucede, por ejemplo en «Hoy me has tocado, predicador de pueblo». Fácil es trazar el hilo de unión con la narrativa de Pereira. Al fin es el autor de «un único libro». Y él mismo se encargó de subrayarlo cuando al recoger su obra poética hasta el momento le puso como título *Contar y seguir*. Al fin, contar y cantar se identificaron con la obra de Pereira. Contar y seguir se publicó en 1972. Además de los libros citados, se incluían poemas inéditos bajo el título de *Situaciones de ánimo, unos y Memoria de Jean Moulin*, otros. Desde 1972 Pereira publicó poemas en revistas con parquedad y en 1986 apareció en la colección Provincia, de León, su *Antología de la seda y el hierro*, en la que se incluyen doce poemas nuevos que no son de un tono unitario; se integran en el conjunto de la antología, considerada por el poeta no «un trámite sino un acto de creación». De manera general, digamos que se acentúa la libertad del verso y el gusto por los temas relacionados con la poesía y con el arte. En todo caso, hierro y seda -palabras del título- pueden resumir simbólicamente el mundo poético del autor; bastará citar, para terminar, estos versos de Del monte y los caminos: «Con vosotros regreso, / nunca martillos, yunques / de mis antepasados. / A vosotros asciendo. / Yo, degenerado/ hijo de las montañas, / tantas noches perdido/ entre la seda».